

## INTRODUCCIÓN

Contaba Albert Hirschman que uno de sus libros más celebrados surgió de manera casual cuando un crítico señaló, a propósito de un párrafo suyo, que debía de haber «un montón de suposiciones ocultas ahí». *Salida, voz y lealtad* demostró que valía la pena buscar esas suposiciones dondequiera que se ocultaran y sacarlas a la luz. De la misma convicción nace este ensayo, pues hay demasiadas cosas que se dan por supuestas en las discusiones sobre las lenguas y las políticas lingüísticas. Peor aún, muchas de esas suposiciones van revueltas con «un montón» de vistosas metáforas, por no mencionar las falacias, los clichés sentimentales o los excesos retóricos, que impiden pensar de forma serena y clara sobre las cuestiones que suscita el contacto entre lenguas o la diversidad lingüística.

Pocos dudarán de la importancia de las lenguas en los debates públicos. La protección de la diversidad lingüística ha cobrado en los últimos años una creciente relevancia en la agenda pública de grandes instituciones internacionales como la Unesco, el Consejo de Europa o la misma Unión Europea, a pesar de que ésta guardó en sus primeras décadas una absoluta discreción sobre el asunto. Ello responde a la

preocupación por la desaparición de las lenguas minoritarias en todo el mundo, acerca de la cual vienen alertando investigadores y activistas desde los años noventa del siglo pasado. Si creemos al politólogo Jean Lapouze, la humanidad habría emprendido el camino de vuelta a Babel, debido a la acelerada reducción de la diversidad lingüística en todo el mundo. Ahora bien, de ser real ese retorno, ¿nos conduciría necesariamente a un mundo peor?

No se puede ignorar tampoco la significación política de las lenguas en muchas sociedades contemporáneas, como muestran los casos de Bélgica, Quebec, España o la India. Allí donde se convierten en potentes marcadores identitarios, su coexistencia en un mismo espacio político es fuente de divisiones y conflictos políticos, que alimentan movimientos nacionalistas y aspiraciones secesionistas. El caso español no puede ser más claro, pues los llamados «nacionalismos periféricos» de nuestro país tienen todos una base lingüística: no sólo plantean reivindicaciones y demandas lingüísticas, sino que la propia lengua se esgrime como fundamento de la existencia de una comunidad nacional distinta.

De la discusión sobre la diversidad lingüística y las políticas lingüísticas bien puede decirse, sin embargo, lo que afirmaba Ernesto Garzón Valdés de las discusiones sobre el pluralismo cultural en general: que la bienintencionada preocupación por salvaguardar

las lenguas y las identidades ligadas a ellas viene acompañada de toda clase de confusiones conceptuales y valorativas y que tales confusiones, lejos de ser inocuas, tenían serias implicaciones éticas y políticas: «Lo malo de este tipo de confusiones es no sólo la desazón teórica que provocan sino, lo que es peor, el peligro de que, en la práctica, las medidas que se proponen sean puramente retóricas (es decir, ineficaces) o estimulen la formación de ideales moralmente reprochables [...]».

De ahí la necesidad de escudriñar los presupuestos valorativos sobre los que asienta la discusión sobre las lenguas y las políticas de protección de las lenguas minoritarias; una tarea que es especialmente urgente en nuestro país, aunque no centraré la discusión en el caso español. Para ello hay que inspeccionar el valor de las lenguas, pues buena parte de la discusión parece girar en torno a la importancia relativa de la utilidad comunicativa de las lenguas por contraste con su valor como patrimonio cultural y seña de identidad de los hablantes. Considerar la variedad de intereses ligados a la lengua es importante para abordar el espinoso asunto de cómo entender los derechos lingüísticos, que a su vez están en el centro de los debates sobre la justicia de las políticas lingüísticas. Subyace a todo esto una pregunta fundamental acerca de dónde hay que poner el foco de la reflexión, si en los derechos de los hablantes individuales o en

la preservación de la propia lengua, como a menudo se da por supuesto.

En lugar de entrar directamente a discutir sobre las políticas y los derechos lingüísticos, este ensayo da un paso atrás para examinar las descripciones del valor de las lenguas: como medio de comunicación, como herencia cultural y como seña de identidad. Pues no podemos considerar los intereses de los hablantes sin entender que estos implican necesariamente los aspectos valiosos de las lenguas; al fin y al cabo, el interés de una persona remite a lo que es bueno (o cree que es bueno) para ella, aquellos bienes que hacen su vida mejor. Es un error, por tanto, contraponer sin más intereses y valores, como si estos no estuvieran siempre implicados en aquellos. Los derechos además sirven como protecciones de los intereses del titular, específicamente de aquellos intereses de suficiente entidad como para justificar que se impongan obligaciones a otros. Por eso, este libro se encuadra mejor en el marco de lo que Yael Peled y Daniel Weinstock han llamado *Language Ethics*, un campo de reflexión y discusión más amplio que el de la justicia lingüística, por más que ésta se haya convertido en el rótulo habitual que utilizan los filósofos políticos para enmarcar los argumentos morales y políticos acerca de las lenguas.

Es un tópico invocar el nombre de Babel en publicaciones sobre la diversidad lingüística, pues el

sugere nte mito bíblico evoca para muchos la imagen de la proliferación de lenguas. Se olvida con ello que la confusión de lenguas era originalmente un castigo divino, mientras que hoy se la reivindica indiscriminadamente como una bendición, un estado de cosas que nos enriquece a todos, por servirnos del tópic o. Contra esa visión del paraíso políglota, así como las metáforas, falacias y clichés que la sustentan, está escrito este ensayo. Porque la historia de Babel nos enseña que la diversidad de lenguas no sólo separa a las personas impidiéndoles entenderse, sino que se mantiene gracias a la dispersión y el aislamiento social o geográfico; las exigencias de la cooperación y la vida en común apuntan en sentido contrario.

En la discusión sobre lenguas hay que tener en cuenta las dos fuerzas antagónicas que actúan sobre ellas. Como apuntó Ferdinand de Saussure en su *Cours de linguistique générale*, tendríamos, por una parte, *l'esprit de clocher* y, por otra, la fuerza del *intercourse*, utilizando un anglicismo con el que designaba toda clase de tratos e intercambios entre los seres humanos, desde el comercio a las relaciones sexuales. Si hubiera que resumir brevemente el propósito del libro, sería el de contrarrestar los prejuicios que abundan en las discusiones sobre las lenguas y la diversidad lingüística, pues reflejan el predominio unilateral e indisimulado del espíritu de campanario, a fin de procurar en cambio un balance más equilibrado

entre ambas fuerzas, atendiendo a las necesidades del trato y el intercambio.

El ensayo tiene una larga andadura detrás, pues llevo discutiendo y publicando sobre asuntos como la muerte de las lenguas, las lenguas en la Unión Europea o los derechos lingüísticos desde hace más de veinte años. Pero la idea de redactarlo no hubiera surgido sin la amable invitación de los editores de Athenaica y en particular de Manuel Rosal, cuya labor de edición me parece admirable y con quien fue muy fácil ponerse de acuerdo sobre el formato del libro. Como tampoco hubiera sido posible sin la generosa mediación de un buen amigo como Josu de Miguel, cuyo libro *Libertad. Una historia de la idea* he tenido a mano mientras escribía el mío.

A lo largo de los años he contraído muchas deudas, algunas de las cuales no puedo sino reconocer aquí. Fue gracias a Philippe van Parijs, durante mis estancias en la Chaire Hoover de éthique économique et sociale de la Universidad católica de Lovaina, que descubrí la relevancia filosófica de las cuestiones de justicia lingüística, descuidadas por los filósofos políticos y de las que él ha sido pionero. Después de todo, Louvain-La-Neuve es hija del conflicto lingüístico. También tengo una deuda de gratitud con Daniel Weinstock, que me acogió en el CRÉUM de la Universidad de Montreal, cuando aún estaba allí de director: Montreal ofrece un observatorio privilegiado

para apreciar la fricción entre lenguas y las publicaciones de Weinstock sobre el tema son muy recomendables. Hablo del desinterés de los filósofos porque hasta hace bien poco las discusiones sobre lenguas quedaban subsumidas bajo las cuestiones del pluralismo cultural o el multiculturalismo, sin que se les prestara una atención específica. Los trabajos de Aurelio Arteta y Félix Ovejero, muchos de ellos en prensa, fueron la excepción en nuestro país y para mí ha sido una suerte contar con los dos como interlocutores amistosos a lo largo de los años. Agradezco no menos la constancia de José María Rosales, amigo y colega de fatigas, quien lleva años insistiéndome para que publique un libro sobre lenguas y derechos lingüísticos. También a los amigos de la catacumba (Manuel Arias Maldonado, Luis Sanz Irles, José Antonio Montano y Antonio Diéguez), cuya amistad ofrece una combinación imbatible de acicate intelectual y buen humor; Irles y Montano además leyeron el manuscrito completo y me hicieron comentarios para mejorarlo. Como debo mencionar a mi viejo amigo Fernando Vega, lector siempre generoso. Las gracias a Julia (*last but not least!*) van en capítulo aparte: los motivos de agradecimiento no sólo desbordan el libro, sino que son largos para enumerarlos aquí.



## I. LENGUAS EN PELIGRO

### 1. EL ÚLTIMO HABLANTE

Cada cierto tiempo los medios de comunicación dan la noticia de la existencia del último hablante de alguna pequeña lengua, ignorada hasta entonces por el público. Lo noticiable es que con el último hablante, normalmente una persona de edad avanzada, desaparecerá para siempre el idioma que habla; así hemos sabido de la existencia de lenguas como el mandan, hupa, kusunda, nlu, yagán, aka-bo, eyak, taushiro, wíchita o livonio, por citar unos pocos. Es un género de noticias que se prodigó a partir de los años noventa, cuando activistas y lingüistas dieron la voz de alarma sobre la desaparición de lenguas en el mundo a una escala y ritmo sin precedentes. El asunto ha generado una abundante literatura, con libros, documentales y *papers* en torno a lo que se conoce como «la muerte de las lenguas», cuya versión periodística serían las noticias de los últimos hablantes.

Un ejemplo destacado del género es la investigación de campo llevada a cabo por K. David Harrison, un lingüista que ha viajado por todo el mundo en